

SOY, LUEGO HABLO

El nacionalismo es polimorfo y oportunista. En su búsqueda de elementos definidores de la identidad, esa marca a fuego que para sus adeptos es el valor supremo por encima de la libertad, la igualdad o la justicia, se muestra ampliamente adaptable y elige el rasgo diferenciador en función de las circunstancias antropológicas, políticas, geográficas o culturales más aptas para sus fines. Unas veces es la raza, porque sin duda el color de la piel o la conformación facial son fáciles de distinguir, otras la tierra, y así la insularidad o el aislamiento en valles recónditos pueden suministrar el factor a destacar, también la religión resulta muy útil a la hora de separar a las gentes y conseguir que se odien, pero si hay un fenómeno verdaderamente fecundo para los propósitos particularistas de los inventores de naciones, ese es sin duda la lengua. La maldición de Babel ha dado muchos días de gloria a los nacionalistas y, cómo no, bastantes noches electorales victoriosas. Dos personas que hablan idiomas diferentes y que desconocen el del otro, experimentan considerables dificultades para comunicarse y se sienten separadas por una barrera tremendamente efectiva. En la diversidad lingüística tenemos, pues, un inagotable campo en el que los nacionalistas pueden cultivar su semilla maligna para recoger, una vez germinada y crecida la planta de la identidad tribal, los frutos envenenados del sometimiento del individuo al grupo y del miedo y la aversión al enemigo exterior inventado.

La doctrina nacionalista basada en la lengua tiene como uno de sus postulados centrales que el idioma define a la nación y que está asociado de manera biunívoca a una cierta cosmovisión, que determina la forma en que sus hablantes entienden e interpretan la realidad y que, por tanto, constituye un componente esencial de su identidad única e irrepetible. La lengua, según esta concepción, refleja el espíritu del pueblo, el célebre *Volkgeist* herderiano, y proyecta el genio nacional sobre el resto del orbe. Cuando el emperador Carlos, que fue primero de España y quinto de Alemania, decía que el español era el vehículo ideal para relacionarse con Dios y el alemán con su caballo, además de ser deliberadamente despectivo con sus súbditos germánicos, quería expresar la idea de que cada lengua posee cualidades intrínsecas que la singularizan de manera fundamental. Pues bien, nada hay más falso que semejante afirmación. El lenguaje hablado es, de hecho, una facultad natural, y todos nacemos con la capacidad de hablar, al igual que estamos dotados de instinto reproductor o de conservación. El habla es algo innato en nuestra especie y está localizada en el lóbulo frontal izquierdo del cerebro, análogamente a la clara ubicación de la posibilidad de generar vida

en los órganos genitales. Noam Chomsky, que desbarra en sus pronunciamientos políticos, es, sin embargo, uno de los más eminentes lingüistas vivos y ha probado con extraordinario rigor que existe una Gramática Universal a la que se ajustan todas las lenguas, que en el cerebro de todo recién nacido sano se encuentran ya las estructuras elementales y las habilidades auditivas, fonéticas y lógicas necesarias para el aprendizaje de cualquier lengua. La contemplación por parte de los padres de la maravilla de un niño de tres años hilando frases completas o manifestando con asombrosa precisión sus deseos o sentimientos es una experiencia emocional sin parangón. Por supuesto, la sintaxis, el sonido y la morfología de las diferentes lenguas que proliferan en el globo presentan una enorme variedad, lo que no disminuye el significado de sus decisivos elementos comunes. Así, en todas las lenguas hay palabras meramente funcionales, como “que”, “de”, “con”, y palabras de contenido, como “casa”, “amor” o “camino”. Asimismo, ningún idioma carece de sujetos y verbos. El número de universales lingüísticos es considerable y demuestra la presencia de esta Gramática que se desarrolla en el cerebro del feto junto a su aparato locomotor o a su sistema olfativo. La deficiente conjugación de los verbos irregulares por los niños pequeños, que suelen decir “ponido” en lugar de “puesto”, “cabo” por “quepo” o “sabo” por “sé”, denota que aplican instintivamente reglas lógicas de construcción del lenguaje que nadie les ha enseñado y que no aprenden a hablar únicamente por imitación. Por consiguiente, las diferencias que observamos entre las distintas lenguas, aunque muy aparentes, no son relevantes en términos epistemológicos. Chomsky lo explicó con una imagen elocuente al escribir: “Un científico marciano podría concluir que existe un único lenguaje humano, con diferencias simplemente marginales”.

Lamentablemente, a medida que crecemos vamos perdiendo las habilidades genéticas para aprender lenguas y a partir de los nueve años aproximadamente las zonas del cerebro que gobiernan la adquisición del lenguaje se atrofian y el dominio de un idioma extranjero en la edad adulta debe hacerse a costa de grandes esfuerzos, sin que se llegue nunca a la fluidez de manejo de nuestra lengua materna. En cambio, en regiones multilingües, incluso si una de las hablas está ausente del sistema educativo, como sucedía con el catalán en Cataluña durante la dictadura y sucede ahora con el español bajo gobiernos nacionalistas, o con el luxemburgués en Luxemburgo, la competencia en el uso hablado de más de un idioma se adquiere en la primera infancia sin incomodidad alguna. Otra cosa es la escritura correcta, que requiere una enseñanza gramatical sistemática. La pasmosa facilidad con la que yo y muchos miles de mis paisanos podemos pasar del catalán al español y viceversa en función del interlocutor, de la situación o incluso del estado de ánimo casi sin darnos

cuenta de que hemos cambiado de código de comunicación verbal, indica contundentemente que el proceso de aprendizaje de la lengua materna es instintivo y nada tiene que ver con adscripciones nacionales o almas colectivas.

En el Génesis, la voz de Dios crea la materia, el espacio, la energía y el tiempo, y el castigo a la soberbia de los hombres que quieren alcanzar el cielo mediante una torre igualándose a su Hacedor es la multiplicación de lenguas, separándoles y privándoles de la posibilidad de comunicarse. El relato bíblico encierra una lección muy profunda: los nacionalismos son un correctivo divino a nuestros pecados. Viendo y escuchando a Arnaldo Otegi en la televisión, esta imagen tan impactante del Libro de los libros cobra pleno sentido. El misterio de si hubo una lengua originaria o varias es secundario frente al carácter innato y universal de la expresión oral como impronta indeleble de nuestra especie en relación al resto de los seres vivos. Nosotros les hablamos a nuestras mascotas, pero no se ha dado nunca que recibamos respuesta articulada. Las lenguas, abandonadas a su evolución espontánea, se mezclan, se interfecundan, van modificándose con los siglos, e incluso mueren. De hecho, se ha estimado que como consecuencia de la globalización desaparecerán a lo largo de los próximos cien años unas cuatro mil, lo que tampoco es un drama porque los habitantes del planeta seguirán relacionándose entre ellos gracias a otros idiomas que suplirán a los extintos. Al fin y al cabo, lo que cuenta son los valores y los conceptos que se transmiten y no la lengua en que se produce el contacto. En definitiva, que no somos lo que hablamos, sino que hablamos lo que somos.

Aleix Vidal-Quadras